

Prólogo

De orígenes oscuros

1800-1899

Una calurosa, asfixiante mañana de comienzos de la década de 1930, en la región costera tropical del norte de Colombia, una mujer contemplaba por la ventanilla del tren de la United Fruit Company las plantaciones de banano. Hilera tras hilera, titilaban entre la luz del sol y la sombra. Había embarcado en el vapor nocturno, asediado por los mosquitos, que atravesaba la gran ciénaga desde el puerto de la ciudad caribeña de Barranquilla, y ahora viajaba hacia el sur por la Zona Bananera con destino a Aracataca, el pequeño pueblo de interior donde varios años antes había dejado a su primer hijo, Gabriel, apenas un niño de pecho, a cargo de sus padres, ya entrados en años. Luisa Santiago Márquez Iguarán de García había dado a luz a otros tres niños desde entonces, y ésta era la primera vez que regresaba a Aracataca desde que su esposo, Gabriel Eligio García, la llevó a vivir a Barranquilla y dejaran al pequeño «Gabito» al cuidado de sus abuelos maternos, Tranquilina Iguarán Cotes de Márquez y el coronel Nicolás Márquez Mejía. El coronel Márquez era un veterano de la cruenta guerra de los Mil Días que se libró durante el cambio de siglo, un adepto de por vida al Partido Liberal de Colombia y, en sus últimos años, tesorero de la municipalidad de Aracataca.

El coronel y doña Tranquilina se habían opuesto con inquina al noviazgo de Luisa Santiago con el apuesto García. No solamente era pobre y forastero, sino también hijo ilegítimo, mestizo y, quizá lo peor de todo, ferviente incondicional del detestado Partido Conservador. Apenas llevaba unos días de telegrafista en Aracataca cuando puso los ojos en Luisa, uno de los mejores partidos entre las jóvenes casaderas del pueblo. Sus padres la mandaron fuera de la región a casa de varios parientes durante casi un año, a fin de quitarle de la cabeza su absurdo encaprichamiento con el atractivo recién llegado, pero de nada sirvió. En cuanto a García, si albergaba la esperanza de que al casarse con la hija del coronel haría fortuna, quedó decepcionado. Los padres de la novia se negaron a

asistir a la boda que al fin logró organizar en la capital de la provincia, Santa Marta, y por añadidura perdió su puesto en Aracataca.

¿Qué iba pensando Luisa mientras miraba por la ventanilla del tren? Tal vez había olvidado las incomodidades de este viaje. ¿Acaso pensaba en la casa donde había pasado la niñez y la juventud? ¿Cómo iban a reaccionar todos ante su visita? Sus padres. Sus tías. Los dos hijos a los que hacía tanto que no veía: Gabito, el mayor, y Margarita, su hermana menor, que también vivía con los abuelos. El tren silbó al atravesar la pequeña plantación bananera de Macondo, que le trajo recuerdos de su propia infancia. Minutos después, Aracataca aparecía ante sus ojos. Y allí estaba su padre, el coronel, esperándola a la sombra... ¿Cómo la recibiría?

Nadie sabe lo que dijo. Sin embargo, sabemos lo que ocurrió a continuación.¹ De vuelta en el viejo caserón del coronel, las mujeres preparaban al pequeño Gabito para un día que no olvidaría jamás: «Ya está aquí, ya llegó tu mamá, Gabito. Está aquí. Tu mamá. ¿No oyes el tren?». El sonido del silbato llegó una vez más desde la estación cercana.

Gabito diría después que no guardaba recuerdo alguno de su madre. Lo había dejado antes de que pudiera retenerla en su memoria. Y si ahora cobraba algún sentido, era el de una ausencia súbita que sus abuelos nunca le habían explicado realmente; una ansiedad, como si hubiera algo de malo en ello. Por su culpa, tal vez. ¿Dónde estaba el abuelo? El abuelo siempre aclaraba las cosas; pero había salido.

Entonces Gabito los oyó llegar por el otro extremo de la casa. Una de sus tías llegó y lo llevó de la mano. Todo fue como en un sueño. «Tu mamá está adentro», dijo la tía, de modo que entró y al cabo de un instante vio a una desconocida, al fondo del salón, sentada de espaldas a la ventana, cuyos postigos estaban cerrados. Era una mujer hermosa que llevaba una pamea de paja y un vestido largo holgado, con mangas hasta las muñecas. Respiraba jadeante al calor del mediodía. A él lo invadió una extraña confusión, porque, a pesar de que la mujer le causó una grata impresión a primera vista, de inmediato se dio cuenta de que no la quería del modo en que le habían dicho que había que querer a una madre. No como quería al abuelo y a la abuela. Ni siquiera sentía por ella el cariño que sentía por sus tías.

La señora dijo: «¿Y no le vas a dar un abrazo a tu mamá?», y entonces ella se levantó y lo abrazó. Nunca olvidaría su aroma. No había cumplido un año cuando su madre lo dejó. Ahora tenía casi siete. Así que sólo entonces, porque ella había vuelto, lo entendió: su madre lo

había abandonado. Y Gabito jamás se sobrepondría a ello, en buena medida porque nunca conseguiría afrontar los sentimientos que este hecho provocaba en él. Y entonces, muy pronto, lo abandonó de nuevo.

Luisa Santiago, la díscola hija del coronel y madre del pequeño Gabito, había nacido el 25 de julio de 1905, en la pequeña ciudad de Barrancas, entre el territorio virgen de La Guajira y la provincia montañosa de Padilla, al este de la Sierra Nevada.² Cuando Luisa vino al mundo, su padre pertenecía a un ejército derrotado, el ejército del Partido Liberal, vencido por los conservadores en la gran contienda civil colombiana, la guerra de los Mil Días (1899-1902).

Nicolás Ricardo Márquez Mejía, el abuelo de Gabriel García Márquez, nació el 7 de febrero de 1864 en Riohacha, La Guajira, una ciudad polvorienta, salobre y calcinada por el sol de la costa atlántica al norte de Colombia. Era la minúscula capital de su región más agreste, el hogar de los temibles indios guajiros y refugio de contrabandistas y traficantes desde los tiempos de la colonia hasta la actualidad. Poco se conoce acerca de los primeros años de Márquez excepto que recibió solamente una educación elemental; sin embargo, le sacó partido y lo enviaron hacia el occidente por un tiempo, a vivir con su prima Francisca Cimodosea Mejía en la ciudad de El Carmen de Bolívar, al sur de la majestuosa ciudad colonial de Cartagena. Allí, la abuela materna de Nicolás, Josefa Francisca Vidal, se encargaba de criar a los dos primos. Más adelante, después de que Nicolás pasara unos años recorriendo toda la región costera, Francisca, soltera para el resto de sus días, se uniría a su familia y viviría bajo su techo. Nicolás pasó un tiempo en Camarones, un pueblecito de la costa Guajira a unos veinticinco kilómetros de Riohacha. Cuenta la leyenda que llevó a cabo incursiones precoces en una o más de las guerras civiles que con regularidad interrumpían la vida de la Colombia del siglo XIX. Cuando regresó a Riohacha a la edad de diecisiete años, aprendió orfebrería bajo la tutela de su padre, Nicolás del Carmen Márquez Hernández. Era el oficio tradicional de la familia. Nicolás había terminado los estudios primarios, pero la suya era una familia de artesanos que no podía permitirse que siguiera en la escuela.

Nicolás Márquez era productivo en otros sentidos: al cabo de dos años de su regreso a La Guajira, el inquieto viajero adolescente había engendrado a dos hijos ilegítimos —«hijos naturales», los llaman en Co-

lombia—, José María, nacido en 1882, y Carlos Alberto, nacido en 1884.³ Su madre era una soltera excéntrica de Riohacha llamada Altigracia Valdeblánquez, emparentada con una influyente familia conservadora y mucho mayor que Nicolás. No sabemos por qué no se casó con ella. A ambos hijos les pusieron el apellido de la madre; a pesar del ferviente liberalismo de Nicolás, los dos se criaron como católicos devotos y conservadores incondicionales, pues en Colombia se acostumbraba hasta hace poco a que los hijos adoptaran la filiación política de sus padres; pero los chicos no habían sido criados por Nicolás, sino por la familia materna, y ambos lucharían contra los liberales —y por ende contra su propio padre— en la guerra de los Mil Días.

Justo un año después del nacimiento de Carlos Alberto, Nicolás, con veintiún años, se casó con una muchacha de su edad, Tranquilina Iguarán Cotes, que había nacido, también en Riohacha, el 5 de julio de 1863. Aunque Tranquilina era hija ilegítima, llevaba los apellidos de dos destacadas familias conservadoras de la región. Tanto Nicolás como Tranquilina eran, a todas luces, descendientes de familias blancas europeas, y a pesar de que Nicolás, un casanova incorregible, se entretuviera con mujeres de cualquier raza y color, las jerarquías esenciales de la piel clara a la oscura se mantendrían implícita o explícitamente en todos sus tratos, tanto de puertas adentro como de puertas afuera. Y era preferible que muchas cosas quedaran en la oscuridad.

Y así comenzamos a remontar a tientas los sombríos laberintos genealógicos que tan familiares resultarán a los lectores de la novela más célebre de Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*. En esa obra se esfuerza en no ayudar a sus lectores con recordatorios acerca de los detalles de las relaciones de familia; por lo común, sólo da los nombres de pila, y éstos se repiten obsesivamente generación tras generación. Esto acaba formando parte del desafío tácito que la obra plantea al lector, pero sin duda reproduce las confusiones y preocupaciones que el propio autor experimentó cuando, de niño, trataba de dar sentido a las enmarañadas redes históricas de la tradición de la familia.

Pongamos por caso a Nicolás, que fue hijo legítimo, pero no fue criado por sus padres, sino por su abuela. Esto no era nada inusual en una sociedad fronteriza que sustentaba su seguridad en el concepto de los clanes familiares. Como hemos visto, él tuvo dos hijos ilegítimos antes de cumplir los veinte años. Tampoco en ello había nada de extraño. Inmediatamente después se casó con Tranquilina, que, al igual que Altigracia,

pertenecía a una clase superior a la suya, aunque, para compensar las cosas, era hija ilegítima. Además, era también prima hermana suya; esto tampoco resultaba raro en Colombia, y sigue siendo más común en América Latina que en la mayor parte del resto del mundo; no obstante, al igual que la ilegitimidad, lleva todavía un estigma. La pareja tenía una abuela común, Juanita Hernández, que viajó de España a Colombia en la década de 1820, y Nicolás descendía del matrimonio legítimo original, mientras que Tranquilina procedía de su segunda relación, ilegítima, que, tras quedar viuda, inició la señora con un criollo de Riohacha llamado Blas Iguarán, diez años menor que ella. Y así resultó que, tan sólo dos generaciones después, dos de los nietos de Juanita, Nicolás Márquez Mejía y Tranquilina Iguarán Cotes, primos hermanos, se casaron en Riohacha. Aunque ninguno de sus apellidos coincidían, su padre y su madre eran de hecho hijos de la audaz Juanita, y por ende hermanastros. Nunca sabías con certeza con quién te casabas. Y el pecado que ello entrañaba podía llevar a la condenación o, peor aún —como temen los miembros de la familia Buendía a lo largo de *Cien años de soledad*—, ¡a que naciera un hijo con cola de cerdo que pusiera fin al linaje!

Como es natural, el espectro del incesto, cuya sombra planea inevitablemente sobre un matrimonio como el de Nicolás y Tranquilina, añade otra dimensión, mucho más siniestra, al concepto de ilegitimidad. Y más adelante Nicolás sembró, tal vez, docenas de hijos ilegítimos después de casarse. Vivía, no obstante, en una sociedad profundamente católica, en la que se respetaban todas las jerarquías y esnobismos tradicionales, en la cual los órdenes más bajos correspondían a los negros o los indios (con quien, por descontado, ninguna familia respetable quería verse relacionada en ningún sentido, a pesar de que en Colombia prácticamente todas las familias, incluso las más respetables, tienen esa clase de parentesco). Esta mezcolanza caótica de raza y clase, con tantas posibilidades de ilegitimidad y un único camino, recto y estrecho, a la verdadera respetabilidad, es el mismo mundo en el que muchos años después crecería el pequeño García Márquez, y de cuyas perplejidades e hipocresías participaría.

Poco después de contraer matrimonio con Tranquilina Iguarán, Nicolás Márquez la dejó encinta —desde el punto de vista patriarcal, siempre es el mejor modo de dejar a una mujer— y pasó unos meses en Panamá, que por entonces todavía era parte de Colombia, trabajando con un tío suyo, José María Mejía Vidal. Allí engendraría a otra hija ilegíti-

ma, María Gregoria Ruiz, con la mujer que tal vez fuera el verdadero amor de su vida, la hermosa Isabel Ruiz, antes de regresar a La Guajira poco después del nacimiento de su primer hijo legítimo, Juan de Dios, en 1886.⁴ Nicolás y Tranquilina tuvieron dos hijas más: Margarita, nacida en 1889, y Luisa Santiago, que nació en Barrancas en julio de 1905, aunque ella insistiría casi hasta el final de sus días en que también era originaria de Riohacha, porque creía que tenía algo que ocultar, como se verá más adelante. Su esposo también sería hijo ilegítimo, y con el tiempo daría a luz a un hijo legítimo al que llamaron Gabriel José García Márquez. No es de extrañar que la ilegitimidad sea una obsesión en las obras de ficción de Gabriel García Márquez, por muy humorístico que sea el tratamiento que dé al tema.

Los hijos ilegítimos de Nicolás no tuvieron muertes atroces en la guerra civil, como el nieto predilecto del coronel fantasearía en su novela (en la que aparecen diecisiete bastardos).⁵ Sara Noriega, por ejemplo, era la hija «natural» de Nicolás y Pacha Noriega (a ella misma también se la acabó conociendo por ese nombre); se casó con Gregorio Bonilla y se fue a vivir a Fundación, la población junto a la vía del tren después de Aracataca. En 1993, su nieta, Elida Noriega, a la que conocí en Barrancas, era la única persona del pueblo que aún conservaba uno de los pececillos de oro que tallaba Nicolás Márquez. Ana Ríos, la hija de Arsenia Carrillo, que se casó en 1917 con Eugenio Ríos, sobrino y socio de Nicolás, a quien le unía una estrecha relación (y que a su vez era pariente de Francisca Cimodosea Mejía, la cual también vivía con Nicolás), dijo que Sara se parecía mucho a Luisa, «la piel suave como el pétalo de una rosa y sumamente dulce»;⁶ murió en torno a 1988. Esteban y Elvira Carrillo eran mellizos ilegítimos hijos de Sara Manuela Carrillo; Elvira, la querida tía Pa de Gabito, después de vivir con Nicolás en Aracataca, cerca del fin de su vida se marchó a Cartagena, donde su hermanastra menor, la legítima Luisa Santiago, «la acogió y la ayudó a morir», según el testimonio de Ana Ríos. Nicolás Gómez era hijo de Amelia Gómez y, de acuerdo con otro informador, Urbano Solano, se fue a vivir a Fundación, igual que Sara Noriega.

El hijo mayor de Nicolás, el ilegítimo José María Valdeblánquez, fue de toda su prole el que alcanzó mayores logros, pues fue héroe de guerra, político e historiador. Se casó muy joven con Manuela Moreu y tuvieron un hijo y cinco hijas. El hijo de una de ellas, Margot, es José Luis Díaz-Granados, también escritor.⁷

Nicolás Márquez se marchó de la árida capital costera de Riohacha y se instaló en Barrancas mucho antes de ser coronel, pues ambicionaba convertirse en terrateniente, y la tierra era más barata y fértil en los montes que rodeaban esa ciudad. (García Márquez, no siempre fidedigno en estas cuestiones, dice que el padre de Nicolás le dejó allí algunos terrenos.) Pronto adquirió la hacienda de un amigo en un lugar que se conoce como El Potrero, en la falda de la sierra. La hacienda se llamaba El Guásimo, igual que un árbol frutal de la zona, y Márquez empezó a cultivar caña de azúcar, de la que hacía «chirrinche», un ron de destilación artesanal; se cree que comerció el licor ilícitamente, al igual que la mayoría de los hacendados de la zona. Con el tiempo adquirió otra hacienda más próxima al pueblo, junto al río Ranchería. La llamó El Istmo, porque para acercarse a ella hasta día de hoy hay que vadear algún cauce. Allí cultivó tabaco, maíz, caña de azúcar, frijol, yuca, café y bananos. La hacienda puede visitarse todavía, medio abandonada, con sus edificaciones deterioradas o en algunos casos ya desaparecidas; un añoso mango sigue en pie, cual ruinoso estandarte de familia, y todo el paisaje tropical destila melancolía y nostalgia. Tal vez esta imagen recordada no es sino fruto de la imaginación del visitante, porque sabe que el coronel Márquez dejó Barrancas bajo una sombra de sospecha que aún parece cernirse sobre toda la comunidad. Sin embargo, mucho antes de que esto ocurriera, la existencia sedentaria del coronel quedaría ensombrecida por la guerra.

Menos aún se sabe acerca de los primeros años del padre de Gabriel García Márquez de lo que se conoce a propósito de su abuelo. Gabriel Eligio García nació en Sincé, Bolívar, el 1 de diciembre de 1901, al otro lado de la inmensa ciénaga, incluso más allá del río Magdalena, durante la gran guerra civil en la que Nicolás Márquez tomaba parte activa y hacía gala de sus méritos. El bisabuelo de García fue al parecer Pedro García Gordón, de quien se decía que nació en Madrid a comienzos del siglo XIX. Desconocemos cómo o por qué razón acabó García Gordón en Nueva Granada, o con quién se casó, pero en 1834 tuvo un hijo llamado Aminadab García en Caimito, Bolívar (actualmente, departamento de Sucre). Según Ligia García Márquez, Aminadab se «casó» con tres mujeres distintas, que le dieron tres hijos. Entonces, «viudo», conoció a María de los Ángeles Paternina Bustamante, que había nacido en 1855

en Sincelejo, veintiún años más joven, y de su unión nacieron tres hijos más, Eliécer, Jaime y Argemira. Aunque la pareja no estaba casada, Aminadab reconoció a los hijos y les dio su apellido. La niña, Argemira García Paternina, vino al mundo en septiembre de 1887, en Caimito, el lugar de nacimiento de su padre. Sería la madre de Gabriel Eligio García a la edad de catorce años, y por ende, la abuela paterna de nuestro escritor, Gabriel García Márquez.⁸

Argemira pasó la mayor parte de su vida en la ciudad ganadera de Sincé. Era lo que en la cultura hispánica solía llamarse una «mujer del pueblo». Alta, escultural y de piel blanca, nunca se casó, sino que mantuvo relaciones con numerosos hombres y dio a luz a siete hijos ilegítimos de tres de ellos, en particular de un tal Bejarano⁹ (todos sus hijos llevaron su apellido, García). Sin embargo, su primer amante fue Gabriel Martínez Garrido, que entonces se dedicaba a la enseñanza, aunque era el heredero de una estirpe de terratenientes conservadores; excéntrico hasta rozar el desvarío, había dilapidado casi toda su fortuna.¹⁰ Sedujo a Argemira cuando ella tenía trece años y él veintisiete. Por desgracia, Gabriel Martínez Garrido estaba ya casado con Rosa Meza, originaria de Sincé, como su esposo: tuvieron cinco hijos legítimos, ninguno de los cuales se llamó Gabriel.

Así pues, el nombre por el que se conocería al futuro padre de Gabriel García Márquez toda la vida fue Gabriel Eligio García, no Gabriel Eligio Martínez García.¹¹ Cualquiera preocupado por estas cuestiones habría averiguado enseguida que era hijo ilegítimo. A finales de la década de 1920, no obstante, Gabriel Eligio compensaría estos inconvenientes. Del mismo modo que Nicolás Márquez había adquirido un importante rango militar durante la guerra y se había convertido en «coronel», también Gabriel Eligio, que había aprendido homeopatía por su cuenta, empezó a anteponer a su nombre el título de «doctor». El coronel Márquez y el doctor García.